

JUNIO

Escrito por **Tita Chirivo**

En la estación de autobuses el olor a combustible y neumáticos se mezcla con el envolvente alboroto de pasajeros y acompañantes. A mediados de junio, las ráfagas de aire cálido se cuelan en el gran arcén central por entre las altas columnas pintadas de albero, alrededor de la cuales señorean las palomas.

Volvemos al pueblo, mi madre y yo, tras la temporada invernal en la ciudad. Volvemos al frescor de los anchos muros de nuestra vieja casa, a la paz del patio repleto de pantófilos, pilistras, helechos enmarañados y secos a cargo de los vecinos de confianza. Volvemos con las lagartijas pegadas a las tapias que sorberán con deleite la fragancia del limonero.

Subimos en el autobús y tomamos asiento. Enseguida comienzan a entrar los paisanos. Uno a uno van saludando, los más conocidos se detienen y conversan. Siempre dicen lo mismo, las mismas fórmulas de salutación, las mismas preguntas, un protocolo aprendido de generación en generación. Después, un chiste, alguna broma al conductor de toda la vida. Risas. En el momento en el que el autobús sale puntualmente de su estacionamiento, el pasaje enmudece por un instante.

Abandonamos poco a poco la ciudad. El pueblo no está lejos pero el paisaje cambia con rapidez. Me he sentado junto a la ventana y dejo la cortinilla descorrida. El grueso cristal hace pasar, indolente, el calor del incipiente verano. No me importa. Los rayos de la tarde me rozan la cara, son cálidos, amorosos. Solo entonces recuerdo los besos de los mayores, los amigos de la niñez, las vecinas que regaban flores o fregaban las corrientes o, incluso,

elaboraban queso, colando la leche de cabra por una tela hasta separar el cuajo del suero. La blanca leche que caía a chorro, cremosa y dulce. Salto de un recuerdo a otro con la misma cadencia con la que pasan ante la ventanilla los postes, las placas, las naves solitarias en medio de los terrenos. Y caigo de pronto en el viejo triciclo comido de herrumbre, el columpio colgado del azofaifo. Y paso a la compleja forma de los avisperos y me asomo al brocal del pozo de donde mi madre colgaba las botellas de agua, antes de los días en que pudimos tener nevera. Por fin, me detengo ante la visión del mar pero de otro mar hecho de oro, un viejo mar imperturbable a no ser por la mano del viento que lo acaricia como si fuera el lomo de un gran perro echado en la tierra. A lo lejos, en el horizonte deshilachado de espigas, surge como una isla nuestro destino: el frescor de los anchos muros, los helechos, las lagartijas.

El autobús nos dejará en la parada reglamentaria y extraeremos el equipaje de sus entrañas. Enfilaremos la calle, a nuestro paso saldrán las viejas fórmulas repetidas mezcladas con la alegría del reencuentro. Sin embargo, sentiremos algo distinto en el ambiente, tan nuevo como conocido: el paso del tiempo.